

Carbó, C. y Artal, S. (2023). *Una mirada a la salud mental en la discapacidad intelectual. Retratos - Relats*. Octaedro.

Cuando veo un buen retrato, intuyo el gran esfuerzo del artista por ver, primero, lo que hay delante suyo y, después, por adivinar lo que está escondido.

No es baladí que el texto que hoy nos ocupa se abra con esta bella cita de Baudelaire. Y no lo es porque estamos ante un libro de retratos -de personas que acuden a unos profesionales de la salud mental- que van mucho más allá de lo visible tras un primer vistazo. O, dicho de otro modo, mucho más allá de cualquier etiqueta clasificatoria, de todo rotulo diagnóstico o de las nomenclaturas más o menos oficiales. De ahí que, a lo largo de toda la obra, se acompañen los *retratos* con *relatos*, recordándonos la obviedad que una imagen no seguida de una narración, que dé cuenta de su contexto, nunca valdrá más que mil palabras.

Los autores, terapeutas sensibles y pacientes ante las adversidades como pocos, apuntan a la imperiosa necesidad de la atenta escucha de la persona a la que atienden cuando afirman: “Cambia mucho el enfoque si miramos la conducta como un “comportamiento inadmisibles”, que asusta, enfada y nos predispone a una actuación rápida, o si la podemos escuchar y ver como un intento de comunicación por parte de una persona, con muchas limitaciones, a quien posiblemente le faltan recursos para hacerlo de otro modo” (pág. 35).

Cristina Carbó y Santi Artal, como los buenos pintores -y los buenos psicoterapeutas-, ponen todo su empeño en “hacer un retrato, una imagen más amplia, global y compleja, con la cual poder reflexionar a propósito de las vicisitudes que se esconden tras el funcionamiento y el comportamiento de las personas con discapacidad intelectual y del desarrollo -y sus familias” (pág. 13). En este esfuerzo, tratan de vislumbrar también, y aquí radica una gran parte de su mérito, la subjetividad de cada persona atendida; es decir, la dinámica emocional que subyace a las conductas observadas, que, en no pocas ocasiones, parecen tomar forma de eso que hemos convenido en llamar *trastornos psicopatológicos*.

Les damos la palabra, de nuevo, a Cristina y

Santi, puesto que ellos, mejor que nosotros, nos muestran, por así decirlo, su filosofía de trabajo: “Hemos constatado la relevancia de entender la posición que adoptamos cuando miramos (...), no desde una valoración, distinguiendo los que valen de los que no, sino haciendo una descripción detallada de las capacidades, dificultades y necesidades de cada persona. Aquello que nosotros llamamos “radiografía del funcionamiento”, ya que, para mirar así, hace falta ir un poco más allá de lo que se puede ver a simple vista; hace falta entender y no solo ver qué hace o deja de hacer la persona; hace falta intentar comprender qué la lleva a hacer las cosas de un modo concreto y no de otro. En definitiva, sería poner palabras a aquello que se nos presenta pero que no siempre es captado a simple vista”. (pág. 219).

Aun siendo todo lo anterior de notable encomio, hemos de señalar que, para nosotros, -al igual que para el ilustre prologuista del libro, nuestro querido amigo y maestro el Dr. Lluís Farré Grau (1)-, lo más sustancial de esta obra radica en su primera y última intención, a saber: “un alegato a favor de dejar caer las diferencias, o dicho de otro modo, una invitación a acogerlas sin que estas signifiquen un juicio de valor” (pág. 15).

Cansados, como estamos, de vivir en una sociedad en la que la diferencia es desdeñada, estigmatizada y vilipendiada, en favor de una supuesta normalidad normativa, este tratado y las prácticas que en él se presentan, nos parece tan valiente como valioso.

Ser terapeuta no es tarea fácil. Hoy en día, muchas de las personas que acuden a nuestras consultas lo hacen urgidas por sufrimientos emocionales que las colapsan, en mayor o menor medida, y que, por tanto, desearían resolver a la mayor brevedad posible. Estos padeceres no suelen ser azarosos, ni estrictamente individuales, como afirma la psiquiatría biologicista -una psiquiatría sin mente-, imperante en nuestro entorno. Tienen mucha relación con las circunstancias vitales y sociales de cada cual: con la familia, la biografía, los afectos recibidos o escamoteados, los aprendizajes, la educación, las oportunidades, las amenazas y demás. El buen terapeuta debe tener en cuenta todas estas circunstancias en el momento de aprehender la totalidad de su paciente y armarse

de paciencia para lidiar con todas ellas cuando son adversas y aliarse con las mismas cuando los vientos soplan a favor.

Y cuando, por añadidura, el paciente es un niño o un adolescente con discapacidad intelectual y del desarrollo (DID) y trastornos de la conducta, como son los casos de este texto, la intervención terapéutica se complica de modo extraordinario.

A esta dificultad cabe añadirle otra y no precisamente menor: el terapeuta de estas personas debe coordinarse con un buen número de instituciones o dispositivos (2) con las que sus pacientes y familiares tienen también una estrecha relación. Algunos de los casos expuestos en el texto demuestran que esta coordinación y trabajo en equipo que ello requiere no siempre es fácil, ni fluido, como sería deseable. Otros, como después veremos, son de una tonalidad más armoniosa entre las partes implicadas.

Como muestra de lo anterior, el impresionante caso de Clara - *Un bebe abandonado bajo la mesa*- que, a los siete años de edad, viene derivada de un centro de acogida, mientras espera plaza en un *Centro de Recursos de Acción Educativa* (CRAE) al tiempo que está siendo seguida por un *Centro de Salud Mental Infanto-juvenil* (CSMIJ); un *Servicio Especializado en Salud Mental para personas con Discapacidad Intelectual* (SESMDI) y acude a una *Escuela de Educación Especial* (EEE), asesorada por un *Equipo de Asesoramiento Psicopedagógico* (EAP). Los padres biológicos de Clara, a su vez, son ayudados en un *Centro de Salud Mental de Adultos* (CSMA). Y aquí empieza un periplo, un drama, que al lector le pondrá un nudo en la garganta. Un caos abismático ante el que los autores escriben: “¿Cómo puede que ser que haya acabado así?... No dudo, ni he dudado nunca de la profesionalidad de cada una de las personas que han intervenido en este proceso. Entiendo que siempre se ha deseado priorizar el bienestar de Clara... Pero me pregunto: ¿es posible que entre tantos profesionales, tantos servicios, tantas siglas, se nos haya quedado el bebé abandonado bajo la mesa? ¿Es posible que un sistema pensado como una red, como un entramado que sostiene, si no vamos con cuidado, se pueda convertir en algo que hace daño, en sogas que ahogan?” (pág. 65-66). Creemos no equivocarnos si afirmamos que muchos de los psicoterapeutas actuales que

trabajan con estas y otras instituciones se han planteado preguntas muy similares.

Como señalábamos anteriormente, por fortuna o, mejor dicho, por el buen hacer de todos los implicados, no todos los casos relatados en el texto alcanzan tal nivel de asinergia institucional. El caso de Candela, por ejemplo, muestra bien a las claras cómo una buena atención psicoterapéutica, combinada con el apoyo de una familia y unas instituciones receptivas permite superar un estado psicótico transitorio que, de otro modo, hubiese podido complicarse con relativa facilidad. Muy sugerente resulta también el caso de Roberto, reseñado en un capítulo de título más que significativo: *¿Un café? ¡Coordinémonos!*, en el que las informaciones compartidas sobre este permiten a quienes tratan de ayudarlo entender mejor unas conductas violentas aparentemente inmotivadas.

En definitiva y ya para terminar: les recomiendo encarecidamente la lectura de este libro. No solo los profesionales que trabajan en este ámbito tan específico lo encontrarán muy relevante, también despertará el interés y el asombro, en todas aquellas personas interesadas en la psicoterapia y la salud mental en general. Cada retrato/relato es una muestra de la honestidad, la humanidad y el buen hacer de unos terapeutas que, como hemos visto, bregan por acoger y respetar lo peculiar de cada menor. Cada retrato/relato es un ejemplo de la valía de unos críos que, una vez bien vistos y oídos, muestran lo mejor de sí mismos y sus enormes esfuerzos en pos de una vida más armoniosa, a pesar de sus dificultades y limitaciones. Este libro es un ejemplo de vida y de trabajo. O, parafraseando a Freud, de amor-respeto por los demás- y trabajo.

Notas

- (1) Doctor en Psicología. Psicoanalista. Fue director del Servicio de Psicología Clínica de la Fundación Puigvert (Barcelona), entidad pionera en la formación PIR de profesionales de la psicología clínica.
- (2) En el glosario al final del texto se mencionan un total de 28.

Dr. Antoni Talarn es profesor titular de Psicopatología de la Universidad de Barcelona (Catalunya).